



COMISIÓN DE EVANGELIZACIÓN Y PASTORAL DE LA ORDEN

LA PARROQUIA AGUSTINIANA, ESCUELA DE INTERIORIDAD

A) Interioridad-verdad

Toda la vida de Agustín puede considerarse como un viaje en búsqueda de la verdad, incluso cuando anduvo descarriado durante su adolescencia y su juventud. Agustín descubrió a Dios como la verdad eterna volviéndose hacia el interior de sí mismo: *“Tú estabas dentro de mí y yo estaba fuera, y allí te buscaba”* (cf. *Confesiones* 7,10). Es en el mismo interior donde descansa y puede encontrarse la Verdad (cf. *De vera relig.* 39, 72). En Dios, la Verdad de nuestro ser, se encuentra la perfecta satisfacción de la inquietud del corazón, como lo confiesa Agustín con su famosa frase: *“Nos hiciste, Señor, para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti”* (*Confesiones* 1,1). Dios es la fuente de todo cuanto existe; Él nos llama a realizar en nuestro interior un auténtico descubrimiento en una relación de comunión. En lo profundo encontramos a Dios que nos habla y da respuestas a las inquietantes preguntas sobre la existencia que ocupan nuestra mente. La dimensión interpersonal de la interioridad y la búsqueda de la verdad nos hacen vivir en libertad, a salvo del miedo y del cautiverio.

El Papa Francisco aborda este punto pero con un nuevo tono: *“Llegamos a ser plenamente humanos cuando nos hacemos más que humanos, cuando permitimos que Dios nos lleve más allá de nosotros mismos para alcanzar nuestro ser más verdadero. Allí está el manantial de la evangelización verdadera”* (*Evangelii Gaudium*, n. 8).

La búsqueda de la verdad proporciona el deseo de encontrarse con los otros y compartir la experiencia de comunión con Dios. Dios no es una idea sobre la que reflexionar y pensar. Dios no permanece en la memoria. Es la Palabra Encarnada que se revela a sí misma en la carne para ser contemplada y proclamada gozosamente. Por ello consideramos que esta experiencia interior tiene que estar muy presente en un proyecto pastoral parroquial agustiniano. En las parroquias y centros pastorales encomendados a los

agustinos, los elementos propios de la interioridad como son la oración y el estudio/formación tienen que ocupar un lugar privilegiado.

B) La oración

Inspirándose en el ideal de la primitiva comunidad cristiana (cf. *Hechos* 4, 32-35), Agustín reunió a un grupo de amigos para vivir una vida fraterna con *“una sola alma y un solo corazón en camino hacia Dios”* (Cf. *Regla*, 3). La oración se instala en el corazón de su vida común: *“Sed asiduos en la oración, en las horas y tiempos establecidos”* (*Regla*, 19). La oración constituye el pilar sobre el que los hermanos se mueven, viven y tienen su existencia (Cf. *Hechos* 17, 28). El Dios encontrado en la oración es uno, pero vive en la comunión de tres personas. La unidad de Dios en tres personas es la fuente de nuestra comunión como agustinos. La vida trinitaria es el modelo para nuestra oración, tanto personal como comunitaria. En la oración, estamos en comunión con Dios a través del Espíritu Santo al más profundo nivel y a veces nos expresamos a nosotros mismos con maneras que las palabras no pueden expresar (Cf. *Rom* 8, 26). Asimismo, Dios comunica su voluntad en la oración.

Además de la tradicional liturgia de las horas, la lectura y meditación sobre la Palabra de Dios, la *Lectio divina*, la unión espiritual, etc. profundizan la relación interpersonal de comunión. La oración refuerza y da vigor al vínculo fraterno orientado al testimonio en la acción. Esto hace a la misión auténtica. La unión íntima con Dios provoca que la felicidad brille como una luz radiante.

Por tanto, puesto que en Agustín y la tradición agustiniana brilla con luz propia la oración como fuente de la que mana toda la acción evangelizadora, nuestras parroquias deben proponer instrumentos para convertirse en auténticas escuelas de espiritualidad y vida interior.



C) Estudios y Formación

Como ardiente buscador de la verdad, Agustín se dedicó a una vida de estudio. Apreciaba los estudios y dedicaba su tiempo libre al estudio y la reflexión (cf. *De op. mon.* 29,37; *De ord.* II, 19, 51).

“Nuestra propia vocación, como agustinos, supone un verdadero compromiso de cultivar el amor al estudio y la búsqueda constante y fervorosa de la verdad” (*Constituciones*, n. 125). Los estudios ocupan en la Orden un lugar especial para el desarrollo integral de los hermanos y su adecuada preparación para afrontar los retos de la sociedad como un mejor servicio al pueblo de Dios (*OGC 2014*, n.5).

En el mundo de hoy, que es cada vez más complejo, se debe dar importancia a la formación intelectual, no sólo como algo propio de los eruditos, sino común a todos los miembros del pueblo de Dios. La renovación del interés intelectual en busca de la verdad enriquece la mente y amplía la visión de la realidad, evitando fundamentalismos y pietismos vacíos.

Mediante la profundización a través de los estudios y la investigación, los creyentes están bien pertrechados para hacer frente a las demandas de la misión encomendada a la Iglesia y para escuchar y dialogar, intercambiando ideas y creciendo en sabiduría. Por ello, tanto los religiosos como los laicos estamos llamados a formarnos intelectualmente. Esto “favorece el diálogo comunitario y nos prepara de la forma más adecuada para ejercer con la mayor eficacia el servicio del apostolado que nos encomienda la Iglesia, a la que compete la evangelización de la cultura” (*Constituciones*, n. 124). “Nosotros, los agustinos, hoy y en todo tiempo, estamos llamados a ser testigos y profetas, ya que tenemos en nuestras manos un rico y único legado que no debemos dejar morir. La gente tiene el derecho a conocerlo y compartirlo; y nosotros tenemos la obligación de ofrecerlo. Por esta razón, nosotros mismos nos encontramos ahora en un tiempo de intensa reflexión. Estamos buscando el futuro, un futuro que tiene que ver con nosotros mismos y las circunstancias que nos rodean. Tenemos que estar convencidos de que la Iglesia y la sociedad están esperando de nosotros una profunda renovación. Tenemos que afrontarlo con ánimo y no con miedo” (Luis Marín de San Martín, *Los Agustinos. Orígenes y espiritualidad*, Roma, 2012).

En conclusión, la Parroquia agustiniana debe distinguirse por proponer una explícita oferta de formación en la fe, abierta a todos los creyentes, de tal modo que la rica tradición intelectual agustiniana siga presente en nuestra labor evangelizadora hoy.

Algunas preguntas para la reflexión

1. ¿Emanan nuestra evangelización y ministerio pastoral de una vida de oración y estudio?
2. ¿Cómo conciliamos la dimensión contemplativa y activa de nuestra vida como agustinos?
3. ¿De qué modo concreto debe ser promocionada la interioridad entre el pueblo de Dios en el ámbito de la evangelización actual?
4. ¿Cómo se puede promocionar y hacer atractivo el estudio y la búsqueda de la verdad?
5. ¿Con qué frecuencia invitamos a quienes están cerca de nosotros a participar de nuestra vida de oración y a compartir la Palabra de Dios?
6. ¿Qué comunicamos o compartimos con los destinatarios de nuestra acción pastoral? ¿Amor, conocimiento o ideas?
7. ¿Se distinguen nuestras parroquias por ser auténticas «escuelas de interioridad»? Si es así, ¿con qué medios?

LA PARROQUIA AGUSTINIANA DESDE LA CLAVE DE LA COMUNIDAD (VIDA EN COMÚN). *Constituciones 25-34; 151-160*

1. La finalidad de nuestra presencia en las parroquias es que “los fieles, guiados por el Espíritu Santo, alcancen la madurez religiosa y formen una auténtica comunidad cristiana” (CC 152), “ofreciendo a los fieles el testimonio de nuestra vida común” (CC 151). Evangelizar desde la Comunidad (CGO 98, 7-8, CC. 36) es la tarea, para “hacer con los fieles un camino de fe y de formación en la espiritualidad agustiniana” (CGO 07, 2.2.5). Evangelizamos desde la Comunidad y para formar Comunidad. El apostolado comunitario como expresión de la santidad comunitaria y testimonio en medio del mundo (Jn 17,21: “que sean uno...”)
2. Nuestro ideal como agustinos es la comunión trinitaria, que implica un diálogo eterno de amor entre el Padre y el Hijo en comunión con el Espíritu Santo, nos ofrece el fundamento para la espiritualidad de comunión en nuestras almas y comunidad. Nuestras comunidades deben ser signo de la comunión trinitaria en la tierra. (CC. 25). Y la comunidad parroquial debe ser signo de unidad-comunidad en medio de la sociedad.
3. La clave de la espiritualidad agustiniana es la caridad, entendida como participación en el amor



de la vida trinitaria, que nos impulsa a tener «*una sola alma y un solo corazón orientados hacia Dios*» (Regla 3). Toda el trabajo parroquial debe girar en torno a construir la comunión entre todos, “teniendo una sola alma y un solo corazón, buscando juntos a Dios y dispuestos al servicio de la Iglesia”(CC 26)

4. Somos convocados por la Palabra para alcanzar la unidad de corazones y de espíritus en Dios, desde la amistad y la acogida, la comunión y la corresponsabilidad comunitaria, creando espacios de diálogo y de solidaridad con los necesitados, sabiendo que la comunión fraterna, en cuanto tal, ya es apostolado; es decir, contribuye directamente a la evangelización.
5. La Iglesia como comunidad de comunidades es una concepción de raíz hondamente agustiniana que resalta el Cristo total que se hace comunión. Todo apostolado debe ser realizado en, con y desde la comunidad para ser testigos de comunión, signo profético en este mundo, de modo que su vida fraterna sea fuente de comunión y motivo de esperanza (CC.33). Para ello es necesario: vivir en comunidad (no menos de tres hermanos), orar comunitariamente, recreo y comidas comunitarias, capítulo local, corrección fraterna, una auténtica comunión de bienes, la participación de la comunidad en la programación pastoral, la corresponsabilidad en las actividades, la lectura de las cuentas (CC 153). Los agustinos deberíamos ser especialistas en crear comunidad y comunidades vivas en nuestra acción pastoral.
6. Toda la ESTRUCTURA PARROQUIAL debe estar organizada en función de la comunión, al servicio de ese objetivo. Todas las fuerzas vivas de la parroquia, personas y organizaciones, deben asumir las ideas base de la vida en comunión: unidad, diálogo, participación, respeto por la diversidad, co-responsabilidad, trabajo en equipo... y las actividades de la parroquia deben ser programadas en función de esta comunión.

ALGUNOS RASGOS DE COMUNIDAD Y CREADORES DE COMUNIDAD

1. La parroquia vive la espiritualidad de comunión, promoviendo la participación activa de cada bautizado según el don particular que ha recibido, buscando activamente a los que no acostumbran

a participar, haciéndoles sentir acogidos y bienvenidos, e integrando todas las diversidades.

2. El Párroco, animador y coordinador de la comunidad parroquial, integrada por TODOS los grupos, pequeñas comunidades y familias.
3. Las Estructuras de Comunión y de Participación que hacen posible que TODAS las personas tengan la posibilidad de sentirse parte de la comunidad y de expresar su propia opinión: Consejo pastoral, Consejo económico, Asambleas, división del territorio en Zonas, estructura de comunicación que llegue a todos los hogares,...
10. La promoción de dones y carismas en la comunidad parroquial, promoción del laicado para que asuman responsabilidades y participen en la toma de decisiones (CC 159).
11. El trabajo en equipo, con la debida capacitación en el diálogo para la comunión, el discernimiento comunitario, al igual que adiestramiento en el valor y las técnicas para favorecer la consulta y comunicación de información en comunidad.
12. La actitud de la contemplación para ir descubriendo y señalando, igual que purificando lo que hay de bueno, de Dios en la cultura, en sus costumbres y tradiciones
13. La participación en los organismos diocesanos, tanto de los agustinos como de los laicos.
14. Apertura al ecumenismo, al diálogo interreligioso, a la sociedad y su realidad, a los ciudadanos. Apertura entendida como cercanía y simpatía profunda.
15. Parroquia misionera que llega a todos, sin dejar fuera a nadie: pobres, enfermos, cultura, adultos, familia,...
16. Parroquia profética: intentamos vivir el modelo de sociedad en que creemos.
17. La búsqueda de la santidad comunitaria: hacer saber a todos que su opinión es importante, que es único ante Dios y ante los hermanos.
18. La parroquia Agustiniana promueve todos los sacramentos, sobre todo la reconciliación y la unción como medio de predicar el evangelio de una manera más personal, íntima, cercana, y amistosa.
19. La preocupación y atención a los necesitados: «*Y nada consideren como propio,....tengan todo en común,.... distribuya a cada uno... según su necesidad;... “Tenían todas las cosas en común y se repartía a cada uno según lo necesitaba”*» (reg. 1, 4). La comunidad de bienes es la primera manifestación y la primera realización del amor



- al prójimo. Es el criterio de validez de nuestra fraternidad. Los pobres deben sentir la comunidad parroquial como su propia casa.
20. Un sistema económico de la parroquia basado en la pobreza y simplicidad de vida y que es expresión de la preocupación por toda la comunidad, en especial por los pobres.
 21. La lucha por la justicia y la paz desde la comunidad parroquial, creando estructuras justas en la misma parroquia y teniendo posturas proféticas.
 22. La preocupación por los problemas sociales: desempleo, contaminación, explotación, trata de personas...
 23. **IDEA FUERZA DE UNA PARROQUIA AGUSTINIANA:** ser una comunidad promotora y coordinadora de comunidades, es decir, de la comunión orgánica y dinámica de las personas y familias comunitarias, de las comunidades menores y del Pueblo de Dios, en proceso de crecimiento permanente en la fe, en la Iglesia particular.
 24. La parroquia es una comunidad de fe, de culto, de caridad y misionera.

CUESTIONARIO PARA REFLEXIONAR EN LA COMUNIDAD AGUSTINIANA

1. ¿Cuáles son las tareas que realiza el párroco?
2. ¿Cuáles son las tareas en las que el párroco delega?
3. ¿Cómo participa la comunidad agustiniana en la toma de decisiones y en la vida de la comunidad parroquial?

CUESTIONARIO PARA REFLEXIONAR EN LA COMUNIDAD PARROQUIAL

1. ¿Cuáles son los signos de comunión de la sociedad donde está ubicada la parroquia?
2. ¿Cuáles son las obras principales de la comunidad parroquial y cómo expresan esas obras el sentido comunitario?
3. ¿Cuál es el proceso para tomar las decisiones en la comunidad parroquial?
4. ¿Cuántos equipos de trabajo tenemos en la comunidad parroquial?
5. ¿Cuáles son las tareas en las que el párroco delega?
6. ¿Cuántos agentes pastorales (personas que hacen algún servicio en la vida de la comunidad parro-

7. ¿Cuántos existen en la parroquia? ¿Cuántos están con sueldo y cuántos de forma gratuita?
7. ¿Cómo acogemos a nuestros hermanos que son diferentes a nuestra manera de pensar o actuar?
8. ¿Qué nos identifica como una comunidad de fe, de culto, de caridad y misionera?
9. ¿Cómo ponemos nuestros dones al servicio de los más necesitados?
10. ¿Cómo participamos y colaboramos en nuestra parroquia, sintiéndonos responsables y parte de la iglesia?
11. ¿Cuál es el mayor gasto económico que se realiza en la parroquia? ¿Qué significado tiene ese gasto?
12. ¿Cómo está organizada la parroquia para que “nadie pase necesidad”?
13. ¿Cómo estamos integrando a las “nuevas pobrezas” de la sociedad en la comunidad parroquial?

CON SAN AGUSTIN AL SERVICIO DE LA IGLESIA

En el camino

Veis que somos caminantes. Preguntáis: ¿«Qué significa caminar?» Os respondo en pocas palabras: «Avanzar, no sea que por no entenderlo caminéis con mayor pereza». Avanzad, hermanos míos. Desagradete siempre lo que eres si quieres llegar a lo que aún no eres, pues donde hallaste complacencia en ti, allí te quedaste. Mas si has dicho: «Es suficiente», también pereciste. Añade siempre algo, camina continuamente, avanza sin parar; no te pares en el camino, no retrocedas, no te desvíes. Quien no avanza, queda parado; quien vuelve a las cosas de las que se había alejado, retrocede; quien apostata, se desvía. Mejor va un cojo por el camino que un corredor fuera de él (*Sermón 169, 18*)

La caridad es la plenitud de la ley. No andes ni divagues por muchos lugares. La difusión de las ramas te atemoriza; concéntrate en la raíz, y olvídate de la grandeza del árbol. Si en ti está el amor, inevitablemente llegará a ti la plenitud de la ciencia. Nada ignora el que conoce el amor, puesto que se dijo: *Dios es amor* (*Comentarios a los Salmos, 79, 2*).

Porque el hombre con frecuencia se desconoce a sí mismo: no sabe qué puede y qué no puede soportar. A veces cree poder sobrellevar lo que es incapaz, y otras pierde la esperanza de poder soportar lo que sí puede. Al acercarse la prueba como un interrogante, el hombre se descubre a sí mismo, ya que a sí mismo



estaba oculto, aunque no a su Creador (*Comentarios a los Salmos, 55, 2*).

No ganas una contienda a menos que luches. No se pide que no seamos tentados, sino de no caer en la tentación; como si alguno es obligado a pasar la prueba del fuego, no se pide el no ser tocado por el fuego, sino que no le queme el fuego. En efecto, *en el horno se prueban los vasos de arcilla y en la tentación de la tribulación los hombres justos (El Sermón de la montaña, 2, 9, 32)*.

Todos somos prójimos por la condición de nuestro nacimiento terrenal. Pero somos hermanos de otra manera: por la esperanza de la herencia celestial (*Comentarios a los Salmos, 25, 2, 2*). Todo hombre es prójimo del hombre, y no debe pensarse en ninguna especie lejana en donde la naturaleza es común (*Comentarios a los Salmos, 118, 8, 2*). Cada uno de nosotros necesita los dones de los otros para compensar aquello nos falta a nosotros mismos (*Comentarios a los Salmos, 125, 13*).

Hablar no en calidad de maestro, sino de servidor; no a discípulos, sino a condiscípulos; tampoco a siervos, sino a consiervos. Sólo hay un maestro para todos, cuya escuela y cátedra están en la tierra y en el cielo respectivamente (*Sermón 292, 1*).

¿Por qué ministros?

Existen dos amores, de los cuales el uno es santo y el otro impuro, el uno social, el otro privado; el uno que busca la utilidad común para conseguir la celestial compañía; el otro que encauza, por el arrogante deseo de dominar, el bien común en propio provecho; el uno que está sometido a Dios, el otro en pugna con Él; el uno tranquilo, el otro alborotado; el uno pacífico, el otro sedicioso; el uno que prefiere la verdad a las alabanzas de los que yerran, el otro que está ávido de cualquier clase de honores; el uno caritativo, el otro envidioso; el uno que desea para el prójimo lo que quiere para sí, el otro que ansía someter al prójimo a sí; el uno que gobierna al prójimo para utilidad del mismo prójimo, el otro que le gobierna para su propio provecho (*Comentario literal al Génesis, 11, 15, 20*).

Se me ha indicado ya cómo debo vivir; viviré como me han mandado y como me han ordenado. Me responsabilizo de lo que yo he recibido; ¿por qué tendría que dar cuenta de los demás?

El Evangelio me aterroriza. En efecto, nadie me superaría en ansias de vivir en esa seguridad plena de la contemplación, libre de preocupaciones temporales; nada hay mejor, nada más dulce, que escrutar el divino tesoro sin ruido alguno; es cosa dulce y buena; en cam-

bio, el predicar, argüir, corregir, edificar, el preocuparte de cada uno, es una gran carga, un gran peso y una gran fatiga. ¿Quién no huiría de esta fatiga? Pero el Evangelio me aterroriza (*Sermón 339, 4*).

Puesto que los que están al frente de otros lo están precisamente para que velen por los que son sus súbditos, en el hecho de presidir no deben buscar su propia utilidad, sino la de aquellos a quienes sirven. Todo el que está al frente de otros de manera que halla su gozo en estarlo, y busca su honor y sólo mira por sus intereses, se apacienta a sí mismo y no a las ovejas. A éstos se dirige la palabra del Señor. Escuchad vosotros como ovejas de Dios, y considerad cómo Dios os constituyó en seguridad: sean quienes sean los que os presidan, es decir, seamos nosotros como seamos, el que apacienta a Israel os dio seguridad. Pues, Dios no abandona a sus ovejas, y los malos pastores expiarán las penas merecidas y las ovejas recibirán lo que tienen prometido (*Sermón 46, 2*).

Veamos lo que la palabra divina, que a nadie lisonjea, dice a los pastores que se apacientan a sí mismos y no a las ovejas. *He aquí que habéis tomado su leche, os habéis cubierto con su lana, habéis sacrificado las gordas, y no habéis apacentado mis ovejas. No habéis robustecido a la débil, no habéis cuidado a la enferma; no habéis vendado a la perniquebrada, no habéis hecho volver a la descarriada, no habéis buscado a la perdida, y habéis acabado con la fuerte. Y se han dispersado mis ovejas, al no haber pastor (Ez 34, 3-5)*. Se echa en cara de los pastores que se apacientan a sí mismos y no a las ovejas, lo que aman y lo que descuidan.

¿Qué aman, pues? *Habéis tomado su leche; os habéis cubierto con su lana*. Por ello dice el Apóstol: *¿Quién planta una viña y no come de su fruto? ¿Quién apacienta una grey y no se nutre de su leche? (1 Cor 9, 7)*. Descubrimos que la leche de la grey es todo lo que el pueblo de Dios dona a los que están al frente de él para su sustento temporal. De ello hablaba el Apóstol con las palabras que acabo de recordar (*Sermón 46, 3*).

Así, pues, él mismo, siendo único, apacienta en éstos; y éstos apacientan formando parte del que es único. No se habla de los pastores, y se está hablando. Se glorían los pastores, pero *quien se glorie, que se glorie en el Señor (2 Cor 10, 17)*. Esto es apacentar para Cristo, apacentar en Cristo, apacentar con Cristo y no apacentarse a sí mismo fuera de Cristo. No pensaba en la penuria de pastores, como si el profeta anunciase como venideros estos malos tiempos, cuando dijo: *Yo apacentaré a mis ovejas (Ez 34, 25)*, como diciendo: no tengo a quien confiarlas. En efecto, cuando aún vivía



Pedro, y cuando aún se hallaban en esta carne y en esta vida los apóstoles mismos, entonces dice aquel pastor único, en quien todos forman una unidad: *Tengo otras ovejas que no son de este redil; es preciso que yo las atraiga, para que haya un solo rebaño y un solo pastor* (Jn 10, 16). Así, pues, estén todos en el único pastor, anuncien todos la única voz del pastor, de modo que la oigan las ovejas y sigan a su pastor, no a éste o al otro, sino al único. Anuncien todos, unidos en él, una sola voz; no tengan diversas voces. *Os ruego, hermanos, que todos anunciéis lo mismo y no haya entre vosotros divisiones* (1 Cor 1, 10). Oigan las ovejas esta voz ajena a división, expurgada de toda herejía, y sigan a su pastor que dice: *Mis ovejas oyen mi voz y me siguen* (Jn 10, 27). (*Sermón 46, 30*).

La voluntad recta es el amor bueno, y la voluntad perversa, el amor malo. El amor que codicia tener lo que se ama es la apetencia; en cambio, cuando lo tiene ya y disfruta de ello, tenemos la alegría; si huye de lo que le es adverso, es el temor; y si lo experimenta presente ya, es la tristeza. Así, pues, estas cosas son malas si el amor es malo, y buenas si el amor es bueno (*La Ciudad de Dios, 14, 7, 2*).

Porque de ninguna manera es fatigoso el trabajo de los que aman, sino que deleita, como acontece a los que cazan, ponen redes, pescan, vendimian, negocian o se deleitan en cualesquiera juegos. Importa, pues, mucho lo que se ha de amar. Porque en lo que se ama, o no se trabaja o se ama el trabajo (*La bondad de la viudez, 21, 26*).

Vive justa y santamente el que estime en su valor todas las cosas. Éste será el que tenga el amor ordenado de suerte que ni ame lo que no deba amarse, ni deje de amar lo que debe ser amado, ni ame más lo que se debe amar menos, ni ame con igualdad lo que exige más o menos amor, ni ame, por fin, menos o más lo que por igual debe amarse (*La doctrina cristiana, 1, 28*).

Los que aman la paz merecen alabanza; empero, quienes la odian han de ser pacificados, enseñándolos y callando, antes que provocados mediante el reproche. El verdadero amante de la paz ama también a los enemigos de ella. Si eres amante de la paz, quienquiera que seas, compadécete de quien no ama lo que tú amas ni tiene lo que tú tienes (*Sermón 357, 1*).

Si amas la luz, no te enfurezcas contra los ciegos, sino que compadécete de ellos, pues al hacerte consciente del bien del que disfrutas y, al contemplar el bien tan

grande del que ellos están privados, los considerarás dignos de misericordia. Si eres amante de la paz, quienquiera que seas, compadécete de quien no ama lo que tú amas ni tiene lo que tú tienes (*Sermón 357, 1*).

El hombre es muy inclinado a sospechar de otro lo que experimenta en sí. Este es su oprobio, el sospechar de otros lo que percibe en sí. Esto es lo que da lugar a la sospecha: porque los hombres pueden ver lo que hacemos, pero les es oculto el fin de nuestro obrar (*Comentarios a los Salmos, 118, 12, 4*).

Serás tanto más amigo de alguien, cuanto más enemigo seas de sus delitos (*Carta 151, 12*).

Las cosas comunes, aquellas por las que todos viven igualmente, son cosas que están en medio, y no pertenecen a mí; pero tampoco pertenecen ni a ti, ni a mí. Pues, si no están en medio, son como privadas, y no fluyen públicamente. Que la verdad no sea ni tuya ni mía, para que sea tuya y mía (*Salmos 103, 2, 11*, ver también *El libre albedrío 2, 12, 33*).

Amad a los hombres, destruid los errores, preciaos de la verdad sin soberbia, defended la verdad sin severidad (*Réplica a las cartas de Petiliano, 1, 29, 31*).

Sigue el camino medio, verdadero y derecho, como si fuera entre la izquierda de la desesperación y la derecha de la presunción (*Sermón 142, 1, 1*).

Aunque el agua apaga el fuego, y el fuego evapora el agua, ambos son peligrosos en sí mismos. El fuego, quema; el agua, corrompe. Algo parecido ocurre en la vida. Cuando nos visita la adversidad, el fuego de la tribulación asola nuestro espíritu. Cuando nos sonría la prosperidad, el agua de la corrupción debilita nuestra solidez. Cuídate, pues, de que no te queme el fuego ni te pudra el agua. Permanece firme ante el fuego; conviene que cuezas. Como vaso de barro, aguanta el calor del horno para que se consoliden tus formas. El vaso consolidado por el fuego no teme el agua. Pero, si el vaso no hubiese sido consolidado o cocido por el fuego, se deshace como tierra por el agua. No tengas prisa por ir al agua. Pasa primero por el fuego y podrás, luego, pasar por el agua (*Salmos 65, 17*).

Este es el mejor modo de gobernar las cosas: asignar a cada cosa su tiempo determinado y realizarlas en el orden fijado, con el fin de que no sea, a causa de la confusión y el desorden, el espíritu humano perturbado (*El trabajo de los monjes, 21*).

Que nuestras palabras sean escuchadas por nuestras obras. La sinceridad es como una clase de matrimonio entre las palabras y las obras (*Sermón 88, 12*).



Dios no lleva cuenta de tus talentos, sino que premia la buena voluntad. Él sabe bien que quisiste y no pudiste; consigna como cosa hecha aquello que deseabas hacer (*Sermón 18, 5*).

Haz lo que puedas, Dios no te pide más (*Sermón 128, 10, 12*).

No manda, pues, Dios cosas imposibles; pero al imponer un precepto te amonesta que hagas lo que está a tu alcance y pidas lo que no puedes (*La naturaleza y la gracia, 43, 50*).

Hay algunos que no duermen, pero dormitan. Como adormitados, cabecean. Despierta, despabila; adormitándote, caerás (*Salmo 131, 8*).

La caridad genera armonía, la armonía genera unidad, la unidad mantiene la caridad, y la caridad conduce a la claridad (*Salmo 30, 2, 1*).

Una comunidad es un grupo de individuos asociados en virtud de una participación concorde en unos intereses comunes. Entonces, lógicamente, para saber qué clase de comunidad es debemos mirar qué intereses tienen (*La Ciudad de Dios, 19, 24*).

En una buena orquesta hay muchos instrumentos diferentes. Pero todos ellos están cuidadosamente afinados y entonados por lo que la audiencia oye una sola melodía. Este ha de ser nuestro ideal, el ser una orquesta para el Señor (*Salmo 50, 8*).

Rivalizad con una santa y concorde emulación, puesto que no rivalizáis unos contra otros, sino todos contra el diablo, enemigo natural de todos los santos. Cada una de vosotras haga lo que pudiere. Lo que una no pueda hacer lo hace por medio de la otra, si ama en ésta lo que hace y ella no puede hacer. Por lo tanto, la que menos pueda no impida a la que puede más, ni ésta exija a la que pueda menos. Porque todas debéis vuestra conciencia a Dios. En cambio, a ninguna de vosotras os debéis nada, sino la mutua caridad (*Carta 130, 16, 31*).

Buscar a Dios es ansia o amor de la felicidad, y su posesión la felicidad misma. Con el amor se le sigue y se le posee, no identificándose con Él, sino uniéndose a Él con un modo de contacto admirable e inteligible, totalmente iluminado el ser y preso con los dulces lazos de la verdad de la santidad. El solo es la luz misma; nuestra luz es iluminación suya. El camino de la felicidad es el primero y principal precepto del Señor: *Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón y con todo tu espíritu. A los amantes de Dios todo coopera a su bien* (Dt 6,5; Mt 22,37; Rm 8,28). Es por lo que a continuación añade el mismo San Pablo: *Estoy*

seguro que ni la muerte ni la vida, ni los ángeles ni las potestades, ni las cosas presentes ni las futuras, ni lo que hay más alto ni lo que hay de más profundo, ni criatura alguna, nos podrá separar del amor de Dios, que es Cristo, Señor nuestro (Rm 8,38,39). (*Las costumbres de la Iglesia católica, 11, 18*).

Para evitar en el ministerio

Con demasiada perversidad se ama a sí mismo quien quiere que los otros yerren también para que su error no se descubra. ¡Cuánto mejor y más útil es que, donde él erró, no yerren los otros, y que le saquen del error con un aviso! Si no quiere salir del error, por lo menos no tenga compañeros en él (*Carta 143, 2*).

En medio de posibles escándalos, piensa siempre bien de tu hermano. Sé con humildad lo que quieres que él sea, y así no sospecharás que él es lo que tú no eres (*Salmo 30, 2, 7*).

Hay algunos de vosotros a quienes ocultamente el amor humano os separa, aunque el temor humano os haya reunido en apariencia, pensad que la humana conciencia está patente a Dios; que no engañaréis a este testigo ni escaparéis de este juez (*Carta 144, 3*).

Los hipócritas hallan menos gozo en su salud que en el compararla con las enfermedades ajenas. Señalan los errores de los demás con el fin de ocultar los suyos propios (*Sermón 351, 1*).

Sermón 340, 1-4

Desde que se me impuso sobre mis hombros esta carga, de tanta responsabilidad, me preocupa la cuestión del honor que ella implica. Lo más temible en este cargo es el peligro de complacernos más en su aspecto honorífico que en la utilidad que reporta a vuestra salvación.

Mas, si por un lado me aterroriza lo que soy para vosotros, por otro me consuela lo que soy con vosotros. Soy obispo para vosotros, soy cristiano con vosotros. La condición de obispo connota una obligación, la de cristiano un don; la primera comporta un peligro, la segunda una salvación. Nuestra actividad de obispo es como un mar agitado y tempestuoso, pero, al recordar de quién es la sangre con que hemos sido redimidos, este pensamiento nos hace entrar en puerto seguro y tranquilo; si el cumplimiento de los deberes propios de nuestro ministerio significa un trabajo y un esfuerzo, el



don de ser cristianos, que compartimos con vosotros, representa nuestro descanso.

Por lo tanto, si hallo más gusto en el hecho de haber sido comprado con vosotros que en el de haber sido puesto como jefe espiritual para vosotros, entonces será más plenamente vuestro servidor, tal como manda el Señor, para no ser ingrato al precio que se ha pagado para que pudiera ser siervo como vosotros.

Debo amar al Redentor, pues sé que dijo a Pedro: *Pedro, ¿me amas? Pastorea mis ovejas* (Jn 21, 16). Y esto por tres veces consecutivas. Se le preguntaba sobre el amor, y se le imponía una labor; porque cuanto mayor es el amor, tanto menor es la labor. *¿Cómo pagaré al Señor todo el bien que me ha hecho?* (Salmo 16, 12). Si dijera que le pago con el hecho de pastorear sus ovejas, olvidaría que esto lo hago *no yo, sino la gracia de Dios conmigo* (1 Cor 5, 10). *¿Cómo voy a pagarle, si todo lo que hay en mí proviene de él como de su causa primera?* Y, sin embargo, a pesar de que amamos y pastoreamos sus ovejas por don gratuito suyo, esperamos una recompensa.

¿Qué explicación tiene esto? ¿Cómo concuerdan estas dos cosas: «Amo gratuitamente para pastorear», y: «Pido una recompensa para pastorear»? Esto no tendría sentido, en modo alguno podríamos esperar una retribución de aquel a quien amamos por su don gratuito, si no fuera porque la retribución se identifica con aquel mismo que es amado. Porque, si pastoreando sus ovejas le pagáramos el beneficio de la redención, ¿cómo le pagaríamos el habernos hecho pastores? En efecto, los malos pastores –quiera Dios que nunca lo seamos– lo son por la maldad inherente a nuestra condición humana; en cambio, los buenos –quiera Dios que siempre lo seamos– son tales por la gracia de Dios, sin la cual no lo serían.

Por lo tanto, hermanos míos, *os exhortamos a no echar en saco roto la gracia de Dios* (2 Cor 6, 1). Haced que nuestro ministerio sea provechoso. *Vosotros sois campo de Dios* (1 Cor 3, 9). Recibid al que, con su actuación exterior, planta y riega, y que da, al mismo tiempo, desde dentro, el crecimiento. Los turbulentos sean corregidos, los pusilánimes animados, apoyados los débiles; los opositores del Evangelio sean refutados, de sus enemigos insidiosos guardado; el ignorante necesita ser enseñado, los indolentes despertados, el argumentador comprobado; los orgullosos sean puestos en su lugar, el disparatado en sus pies, los que participan en peleas reconciliados; los necesitados sean ayudados, los oprimidos libertados, el bueno respaldado, el malo sea tolerado; todos sean amados.

En toda la vasta y variada actividad involucrada en el cumplimiento de esas responsabilidades múltiples, ayudadnos con vuestras oraciones y vuestra obediencia, de manera que hallemos más satisfacción en seros de provecho que en presidiros.

Al igual que es muy propio para que mí orar fervientemente que la misericordia de Dios os lleve a la salvación, así es justo que vosotros también deberíais estar derramando oraciones a Dios por mí. No hay que juzgar que esto sea inadecuado, ya que sabemos que lo hizo el apóstol; y tanto, de hecho, hizo que muchas veces fuera recomendado a Dios por sus oraciones, que él mismo lo pidió a todas las comunidades con las palabras “rogad por nosotros” (1 Ts 5, 25; 2 Ts 3, 1; Rom 15, 30; Col 4, 3). Y es por eso que en realidad debería decir esto, pudiendo de esta manera tanto alentarme a mí mismo como instruir a todos vosotros. Al igual que yo, vosotros veis que he de reflexionar con gran temor y ansiedad cómo puedo intachablemente cumplir con mis obligaciones como obispo. Por vuestra parte, debéis mostrar una obediencia humilde y con ganas en todo lo que os sea mandado.

Así que recemos juntos, amados, puesto que mi mandato como obispo puede ser de beneficio tanto para mí como para vosotros. Lo será para mi provecho si os digo lo que habéis de hacer. Y lo será para vosotros si hacéis lo escuchéis. Veis, si todos rezamos sin descanso, por vosotros y por mí, con el perfecto amor de la caridad, todos hemos de alcanzar felizmente, con la ayuda del Señor, la felicidad eterna. Que se digne concederla Él, quién vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

Preguntas para la reflexión

1. ¿Qué pide Dios de nosotros como ministros agustinos?
2. ¿Qué valores centrales del evangelio manifestas en tu vida de servicio? ¿Cómo?
3. ¿De qué manera estamos con, parte del pueblo de Dios? ¿De qué manera somos de servicio al pueblo de Dios, y de qué manera somos llamados a dirigir y desafiar al pueblo de Dios?
4. ¿De qué manera has sido sorprendido por los talentos y dones que Dios ha desenterrado en ti durante tu ministerio? ¿Cuáles son esos dones y talentos?
5. ¿Cuál es el don principal del Espíritu que has recibido y cómo utilizas ese don en la humildad y el servicio?
6. ¿Para quién predicas y a quién predicas?